

ROBERTO CASATI. *Elogio del papel. Contra el colonialismo digital*. Barcelona: Ariel, 2015. 223 pp. Traducción de Jorge Paredes

Elogio del papel es uno de los más recientes ensayos de Roberto Casati, filósofo de la percepción italiano, el cual surge en gran medida de la reescritura de sus textos publicados en el suplemento dominical *Il Sole 24 Ore*. Desde su título, el ensayo no solo se propone como una apología al papel y, por consiguiente, al libro en su formato físico, sino como una propuesta de oposición y resistencia creativas al problema que el autor designa como “colonialismo digital”. En cada uno de los cinco capítulos, Casati aborda este tema desde diversas perspectivas: por una parte, la identificación de sus características, la evaluación de los argumentos que se han esgrimido a su favor y la de sus notables perjuicios, y, por otra, su desmitificación, la precaución que debe tomarse frente a éste y la propuesta para convivir armónicamente con su inevitable existencia, con el fin de resguardar el futuro de los libros. Como Casati diagnostica que el colonialismo digital puede ser un mal y no una panacea, los breves apartados por medio de los cuales se organizan los capítulos llevan títulos con atractivas y polémicas preguntas que apelan directamente al lector, y que el autor se encarga magistralmente de responder de manera sintética, lúcida y lúdica.

Pero, ¿qué es el “colonialismo digital”? Según Casati, es una ideología que se resume en el principio condicional “Si puedes, debes”: si la migración de una actividad cualquiera (la lectura, el voto, la enseñanza) a un soporte digital (libro virtual, voto electrónico, curso *online*) es factible entonces debe obligatoriamente realizarse (19). Hoy en día, el colonialismo digital se expande como un imperio, encontrando en todo el mundo ciudadanos ingenuamente ávidos de ver cumplidos sus designios y de confirmar exitosas transiciones desde el mundo del papel hacia el mundo digital. El ensayo de Casati no constituye una oposición ni resistencia total hacia el colonialismo digital, sino una propuesta de negociación. En un mundo globalizado y digitalmente democrático, el autor no pretende que seamos ermitaños digitales –aunque si decidimos serlo, enhorabuena–, sino que seamos cautelosos con el uso de los dispositivos, especialmente dentro de ciertas esferas. Aquella que más le preocupa a Casati es la educativa.

Precedido de una introducción en tono íntimo, donde el autor rememora sus primeras experiencias lectoras y donde define el concepto de “colonialismo digital”, el primer capítulo del ensayo, “El triunfo del libro en la tormenta digital”, establece un panorama comparativo entre el libro de papel y el libro electrónico, en el que el primero supera con creces al segundo, gracias a sus particulares rasgos físicos, ergonómicos, sociales y cognitivos. Casati se asegura de no dejar resquicio alguno para la formulación de críticas o la pesquisa de desventajas de este formato libresco, haciéndose cargo incluso de la corriente ecologista que pudiera poner en tela de juicio la supervivencia del libro impreso en un mundo de derroche papelerero. En ese sentido, es este el capítulo del elogio del papel. El segundo capítulo, “El libro y la escuela”, desarrolla en extenso la tesis de los perjuicios del colonialismo digital, situando al libro en uno de los ecosistemas que debiera proteger su formato impreso con más ahínco, la escuela, identificando a los lectores más “indefensos”, los niños. Si el nuevo soporte digital no ha abierto nuevos horizontes de lectura y si, por el contrario, ha “robado” la lectura, como señala Casati, es necesario tomar medidas para su recuperación y protección. Si la familia, por falta de recursos o

apatía, no resguarda la lectura de los niños, entonces la escuela debe asumir ese rol. El capítulo trata, entonces, de “la supervivencia y la enseñanza de la lectura en profundidad” (23), proponiendo creativas fórmulas para conseguirlas, y cuestionando la pertinencia de los dispositivos electrónicos en la escuela. “El mito del nativo digital” constituye el tercer capítulo del ensayo, el más largo de todos, en el cual el autor busca derribar el concepto acuñado por Marc Prensky, quien sostiene que el desarrollo tecnológico ha promovido la existencia de una nueva generación de criaturas, cuya renovada inteligencia les permite alfabetizarse digitalmente con extrema facilidad, al punto de convertirlos en seres que leen, bloguean y chatean a la vez. Casati se encarga de desmitificar este “nativismo digital” y de consignar que la supuesta capacidad *multitasking* no es más que la imposibilidad de enfocar la atención en una sola cosa. También explica que las nuevas herramientas virtuales son sumamente accesibles, a un punto tal que un anciano puede aprender a emplearlos con asombrosa rapidez, tanto como el “nativo digital”. El cuarto capítulo, “El argumento colonialista y el mito del rastro”, examina diversas transiciones hacia el ámbito digital, como el voto electrónico, las transacciones comerciales, las pizarras interactivas, la fotografía desde un *Smartphone*, entre otros, develando prácticas que el autor considera “poco éticas”, en las que la información circula asimétricamente entre una institución (estatal o bancaria, por ejemplo) y un usuario, y los riesgos de la desmaterialización, así como también el fenómeno de la obsolescencia tecnológica. Es un capítulo bisagra, que permite proyectar el problema del colonialismo digital hacia otras esferas que, sin duda, se tensionan con el plano educacional, que Casati busca proteger. Saber es poder, y el colonialismo digital amenaza con corromperlo a todo nivel institucional: el Estado, el banco; la familia, la escuela: “Alguien que lee poco, se informa poco, participa poco, no vota, se deja pisar” (14). Por último, “Resistir, ser creativo” es un compendio de propuestas de resistencia creativa al colonialismo digital, y un repaso a las migraciones digitales exitosas, como Wikipedia, que bien puede transformarse, según Casati, en una plataforma fiable de lectura, edición y circulación de saber en la medida en que sus lectores sean partícipes del mecanismo del conocimiento, de cómo se regula la producción y el acceso a la información. Vinculándose estrechamente con este capítulo, el ensayo se cierra con la conclusión “Recomendaciones para proteger la lectura en profundidad”, en la cual el autor retoma el elogio al libro de papel y la dimensión propositiva de la crítica hacia el colonialismo digital. Leer no es solo hojear un libro y recorrerlo linealmente, sino comprenderlo, retenerlo y hacerlo dialogar con otras lecturas, es decir, leer es necesariamente leer en profundidad.

Es interesante identificar desde qué lugar enuncia su discurso el autor. Casati no solo es director de investigación del CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) y un destacado docente universitario sino, especialmente, un lector empedernido, habituado a la práctica de lectura desde su infancia. Su experiencia como académico e investigador en uno de los centros de referencia más importantes de Europa lo ha llevado a constatar los inconvenientes de la migración digital en el mundo de la educación. No se considera un ludista (sería absurdo considerando que tanto en su vida académica como personal emplea dispositivos tecnológicos, muchos de los cuales reconoce son indispensables para sus tareas cotidianas), pero sí un opositor del colonialismo digital. Esta ideología solo se justifica en caso de que constituya la mejora o la solución de un problema. En el

caso del libro en papel, ¿qué atributo habría que mejorar, qué problema solucionar? En cuatrocientos años, el formato del libro prácticamente no se ha modificado y continúa siendo el objeto de transmisión cultural por excelencia. En palabras de Casati, “el libro de papel forma parte de un ecosistema y su función en dicho ecosistema no es sustituible por el libro electrónico” (33).

Las constataciones del autor se alinean con la necesidad de precaverse ante el colonialismo digital porque, si bien este ha tenido efectos benignos, por ejemplo, en la transición de la fotografía análoga a la digital, también ha surtido otras terribles y temibles consecuencias, por ejemplo, en los planos educativos y electorales. En ese sentido, es absolutamente necesario que los usuarios y los lectores sean conscientes tanto de sus supuestos beneficios como de sus riesgos. Para Casati, la migración digital no solamente comporta la transición del formato en papel al formato digital, sino que también crea un canal a través del cual ciertas esferas de poder –como, por ejemplo, las empresas manufactureras de dispositivos electrónicos– pueden informarse de primera fuente acerca de lo que un usuario busca, lee y adquiere en Internet y en las *apps* de sus móviles, de manera tal que las casas editoriales coludidas podrán reclutar escritores que fabriquen textos literarios a la medida del futuro cliente, con el único fin de ofrecer una nueva mercancía que, como muchas otras provenientes del mundo digital, quedará guardada, a medio leer en una *tablet*. Este artefacto promete la tentadora garantía de almacenar cientos de libros en su liviana y delgada fisonomía, lejos del polvo y la humedad... y de la concentración y el aprendizaje reales. Así, el entorno de lectura se vuelve amenazador, hostil. A ello se suma que si durante las últimas décadas el libro es un objeto amenazado por otras tecnologías y sus efectos distractores y sedantes (videojuegos, redes sociales, dispositivos móviles), en especial, en contextos donde la lectura no se estimula ni protege, el riesgo que corre puede ser aun mayor, al buscarse su traslado hacia el medio digital.

El libro en papel es un objeto que favorece absolutamente la concentración y el aprendizaje, las que, por el contrario, se encuentran en constante amenaza si se emprende esa misma lectura en un dispositivo electrónico, en la medida en que ese soporte no solo es un simulacro de libro, sino un proveedor de todo tipo de *apps*. Gracias a la posibilidad de descarga de cientos de ellas, la lectura es solo una más, que el usuario puede suspender en cuanto es atraído por otras más “interesantes”, como un espectador haciendo *zapping* televisivo con un control remoto. Es decir, el libro posee innegables ventajas cognitivas y ninguna limitación tecnológica. No obstante, Casati no idealiza la lectura en papel: muchos lectores tienen un ojo en el libro que leen y otro en las alertas lumínicas de la pantalla de su celular. Lo que postula el autor es que la lectura en formato digital no edifica un escenario propicio para la lectura en tanto experiencia compleja de inmersión: crea “informávoros”, no lectores. De este modo, el libro electrónico es movilizado por lógicas de consumo, que atentan contra el verdadero espíritu del conocimiento. Para el autor, el libro y la enseñanza a través de él “tiene un valor ejemplar: demuestra que es posible dedicar tiempo a cosas grandes y hermosas, sin repercusiones económicas” (219).

Mención especial merece la reflexión de Casati en torno a los libros de corte ensayístico y novelístico, considerados por él como los más complejos de migrar digitalmente, pues sus respectivos autores los conciben como obras cuya lectura debe ser emprendida por un lector atento y con competencias mnemotécnicas, que sigue el hilo argumental, que

puede desplazarse por sus cien o doscientas páginas sin desconcentrarse mayormente. La interfaz del libro electrónico y su apertura en dispositivos que no están destinados exclusivamente a la lectura (salvo formatos como el *Kindle* que, según Casati, gozan de menos reputación que el *iPad*), hacen de la lectura de libros de gran volumen y complejidad una experiencia infructuosa: “trasladado a un soporte digital, el libro se convierte en otra cosa, porque la lectura es diferente, y también porque entra en liza con competidores depredadores y aguerridos” (74). En esta línea, el autor se refiere a las exigencias editoriales de Milan Kundera quien ha ordenado sostenidamente a sus editores que sus novelas no sean digitalizadas: solo pueden leerse en papel. Sabemos que su prescripción no ha sido satisfecha, debido a fenómenos como la piratería digital, pero sí reconocemos en su imperativo una apreciación hacia el libro de papel que es compartida por Casati: es un objeto ergonómicamente perfecto, único, irrepetible. El libro en papel es, en definitiva, un umbral físico hacia un universo inmaterial y perpetuo, que se abre al lector a través de la vista, pero también del tacto y el oído: “Sobre la mesita había un abrecartas con la ayuda del cual había que troquelar las páginas . . . Las palabras que podían entreverse parecían impresas por el mero placer de imprimirlas . . . Palabras absolutas, palabras eternas que tal vez era mejor dejar que otros se encargaran de descubrir dentro de cien o incluso mil años. El cadencioso susurro de la página cortada poco a poco acompañaba al descubrimiento de un pequeño mundo” (13).

El ensayo de Casati, en tanto reflexiona sobre un fenómeno que surge desde el ámbito tecnológico, presenta un léxico bastante técnico en relación con dicho ámbito, pero que es sencillo de comprender gracias a la constante orientación de su autor, estableciendo un vínculo solidario con un lector que podría no estar habituado a ese vocabulario. Por otra parte, todas sus aseveraciones se encuentran impecablemente fundadas en un examen acucioso de investigaciones, experimentos y hechos recientes, referenciados en las notas a pie de página. Muchos de esos estudios están citados desde su fuente en Internet, haciendo así un guiño irónico: Casati importa desde ese mundo virtual, a veces hostil, una serie de referencias bibliográficas que avalan su ensayo. *Elogio del papel* es un admirable estudio, que sin duda será clave en estos tiempos de ascenso de las “humanidades digitales”, disciplina que ha dado muestras elocuentes de la factible convivencia armoniosa entre la informática y las ciencias humanas, toda vez que se tomen los resguardos necesarios.

LORETO CASANUEVA
Universidad Andrés Bello
loretocasanuev@gmail.com